

Daylín Rufin Pardo¹
Tiago Pavinato Klein²

Con las brasas encendidas: Relectura de Juan 21,1-14 desde el ardor del seguimiento y la esperanza

*With the Embers Burning: Rereading of John 21,1-14
from The Ardor of Following and Hope*

Resumen

El artículo propone analizar el capítulo 21 del Evangelio de Juan. La escena en que, después de una noche de pesca fallida por parte de los discípulos, Jesús les espera con pescado y pan sobre brasas. Desde este lugar de análisis convidamos a reflexionar sobre dos aspectos centrales para la comunidad creyente de ayer y hoy: el desafío del seguimiento y la consecución de la esperanza. A través del análisis hermeneútico queremos preguntarnos qué tiene que decirnos esta narrativa post -pascual sobre esos y otros aspectos afines. La invitación a contextualizar Juan 21 desde estas claves posibilitará reflexionar sobre cómo la espera activa de Jesús en medio nuestro es sentida y vivida da través de la inserción preocupada por las necesidades y derechos de la realidad circundante, y como el gesto de compartir lo necesario para vivir ayuda a mantener la esperanza en un mundo lleno de signos de muerte.

Palabras clave: Evangelio de Juan; Hermenéutica liberadora; Discipulado; Seguimiento, Esperanza.

Abstract

The article proposes to analyze chapter 21 of the Gospel of John. The scene where, after a night of unsuccessful fishing by the disciples, Jesus waits for them with fish and bread over the coals. From this place of analysis, we invite reflection on two central aspects for the believing community of yesterday and today: the challenge of following and the pursuit of hope. Through hermeneutical analysis, we want to ask what this post-Easter narrative has to tell us about these and other related aspects. The invitation to contextualize John 21 from these perspectives will enable reflection on how the active waiting of Jesus among us is felt and lived through engagement concerned with the needs and rights of the surrounding reality, and how the gesture

¹ Licenciada en Sagrada Teología (SET), Máster en Ciencias Bíblicas (SET). Profesora en el Seminario Evangélico de Teología en Matanzas, Cuba y el Instituto Superior de Ciencias de la Religión de La Habana, Doctoranda en Teología por la Facultad EST.

² Licenciado em História (UFRGS) e Bacharel em Teologia (EST). Mestre em Educação. Professor de Ensino Religioso e assessor de grupos bíblicos. Doutorando em Teologia (EST).

of sharing what is necessary to live helps to maintain hope in a world full of signs of death.

Keywords: Gospel of John; Liberating Hermeneutics; Discipleship; Following; Hope.

1. Razones para volver a procurar esos resoldos...

Dicen que cuando se ama se mira el mundo diferente y el mundo también nos ve distinto: nos distingue por una cierta luz. Llamas al fondo de los ojos, calidez en los labios, las palabras; caricia tibia en las acciones y en los gestos. Hay un cuidado y una cercanía, un estar ahí y un llegar cerca, cuando bien se ama. Hay un olor a hogar que sale de las brasas donde sea que se cuece lo esencial para recibir, compartir y acogernos que también es aroma del amor.

El mundo en nuestros días, sin embargo, adolece bastante de todo eso. Desafortunadamente el fuego que más vemos arder en derredor no es ese fuego amigo disponiendo la comunión de vida, sino un incendio terrible y enemigo que quiere solo alimentar la muerte. Los genocidios, las guerras, las operaciones violentas en nombre de la paz son una hoguera inmensa a donde solo se llega para dejar de vivir.

En medio de tantas redes y redadas de muerte, sobre todo después de que estas se han hecho visiblemente impactantes, siempre se hace posible atisbar los resoldos de la buena nueva. En este artículo en particular, llega desde el evangelio de Juan 21,1-14 como un intento para recordarnos del otro fuego amable- ese que solo enciende quien nos ama, y como un desafío para explorar las formas de mantenerlo vivo y encendido lo suficiente, como espacio de encuentro donde hacer digerible la esperanza.

Como en aquellos tiempos de finales de siglo I, en que la utopía continuaba a ser una y otra vez crucificada y parecía que no iría ya a volver, también hoy continuamos sintiéndonos en búsqueda de los resoldos de vida que ninguna muerte consiguió apagar. Volver una y otra vez a procurarlos es tarea del camino de fe comprometido con la construcción de un mundo mejor posible. Delante de ello, queremos y debemos tomar tiempo para accesar conjuntamente la Palabra que ilumina la Vida.

Las preguntas sobre la fuerza atizadora del seguimiento y la esperanza como fuerzas anti sistémicas capaces de recolocarnos alrededor de los poderes, la interrogante por los lugares y formas de llegar a vislumbrar y hallar los fuegos vitales del acuerpamiento, la saciedad y los sosiegos y el cuestionamiento sobre el lugar de la muerte en la comunidad viva que sigue a Jesús, quedarán implícitamente respondidas a lo largo de nuestro escrito. Es nuestro deseo que estas y otras preguntas sean algunas de esas llamitas que arden en quienes se lleguen a conversar aquí, a la orilla de nuestras palabras.

2. Tres fuegos de una llama: El Evangelio, el Capítulo 21 y la tradición joánica

El Evangelio de Juan se inserta en un conjunto de escritos del Nuevo Testamento atribuidos al apóstol Juan. Dicho grupo contiene, además de este, las tres cartas que llevan su nombre y el libro del Apocalipsis. La tradición ha tendido a atribuir la autoría de los textos a Juan, el discípulo de Jesús. A pesar de las dudas de que el autor original del evangelio haya escrito los cinco textos, hay un consenso desde la tradición que efectivamente los coloca bajo la égida de la comunidad joánica, debido a las similitudes que poseen. Según Doglio (Doglio, 2020, pág. 28) un principio básico de la comunidad joánica es que hubo un grupo de cristianos que se refirieron al testimonio de Juan, haciendo que los cinco escritos estén marcados por la experiencia histórica de esta comunidad.

2.1 La relación de Juan con los sinópticos: primer carbón para atizar el fuego.

Una pregunta recurrente en la investigación bíblica es la relación del Evangelio de Juan con los textos sinópticos, ya que el texto de Juan difiere en mucho de los otros evangelios. Tal pregunta plantea comúnmente un sinnúmero de preguntas sobre la tradición que se conserva de Jesús, basada en la comparación con los sinópticos.

Pero con el Evangelio de Juan surge una pregunta importante: ¿Qué pasó con la tradición de Jesús? ¿Se apartó Juan de la tradición de Jesús que nos es familiar por los sinópticos? ¿Habría desarrollado Juan tanto la tradición de Jesús que sus comienzos en la propia misión de Jesús se han vuelto oscuros? Los evangelios sinópticos dejan claro que la tradición de Jesús era flexible en el uso que hacía, en la forma en que se volvía a contar y en la interpretación que recibía. Pero estos evangelios conservaron el mismo carácter y la misma estructura básica de la tradición de Jesús: “la misma pero diferente” (...) Sin embargo, al igual que John, difícilmente se puede aplicar el “mismo pero diferente”. Y surge la pregunta de si las influencias controladoras que mantuvieron la igualdad básica de Jesús en los sinópticos ya no fueron efectivas en el caso del evangelio de Juan. (Dunn, 2024, págs. 412-413)³.

Para el debate sobre si Juan conocía la tradición sinóptica, Dunn (Dunn, 2024, pág. 432) cree que sí, que efectivamente las memorias de Jesús habrían circulado oralmente durante 20 a 30 años, y que la tradición expresada en este período habría sido celebrada y enseñada de diversas maneras provocándose así, una variedad conviviente dentro de la misma. Es correcto afirmar, entonces, que la tradición sinóptica no debe entenderse como la suma de toda la tradición de Jesús y de esta manera llegar al punto de comprender que Juan debe haber tenido contacto con la misma, pero se sintió libre de moldearla a su manera.

³ Las traducciones de citas realizadas a partir de obras en portugués (según referencias) son todas nuestras.

Para Maggioni (Maggioni, 1992, pag. 261), las características del Evangelio de Juan pueden explicarse por la especificidad de su tradición, su entorno y su proyecto. Habiendo conocido o no los sinópticos, él se remonta a Cristo, ofreciendo informaciones de gran interés, inclusive desde el punto de vista histórico.

En términos generales existen dos líneas de investigación, una que señala que Jesús conocía los sinópticos, y la otra que asevera que no los conocía. Preferimos seguir la primera, aunque:

... la mayoría de los eruditos modernos creen que la segunda opción es la más probable, a saber, que Juan deriva de una tradición presinóptica común, anclada en la más antigua predicción apostólica: tal solución explica bien las concordancias, atribuyendo a la capacidad del cuarto evangelista su propio esquema narrativo, diferente de la imagen reproducida por los sinópticos, así como el rico desarrollo teológico. (Doglio, 2020, pags. 74-75).

2.2 Estructura del texto

No necesitamos detallar toda la estructura del evangelio de Juan para los propósitos de este texto. Nos remitiremos, simplemente, a seguir la división propuesta por Brown (2020) como sigue: prólogo (1,1-18), libro de signos (1,19-12,50), libro de gloria (13,1-20, 31) y epílogo (21).

Brown hace esta división porque nota ciertas diferencias entre los libros:

En primer lugar, durante el ministerio público, como se describe en el libro de los signos, las palabras y las obras de Jesús se dirigieron a un amplio público, provocando una crisis de fe: algunos creyeron y otros se negaron a creer. El Libro de la Gloria, sin embargo, está dirigido a la audiencia restringida de aquellos que creyeron. En segundo lugar, las señales en el primer libro anticipan lo que Jesús haría cuando fuera glorificado. El segundo libro describe la glorificación, es decir, la “hora” de la pasión, crucifixión, resurrección y ascensión cuando Jesús es elevado al Padre para disfrutar de nuevo de la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo existiera (17:5). (Marrón, 2020, pág. 896)

Es en este camino desde dónde la trayectoria de Jesús se realiza y nos lleva a creer que es verdaderamente el Hijo de Dios.

2.3 Contexto histórico-literário

Parece que toda la literatura joánica se escribió en torno al final del siglo I (ca. 100 d.C.). Mientras que al Apocalipsis se le relaciona en general con las persecuciones del emperador Domiciano (81-96 d.C.), el Evangelio y las Cartas, aunque están fechadas más o menos en este mismo período, proceden de un trasfondo diferente. (Moloney, 2015, pág. 26)

Con esta cita del salesiano Moloney queremos adentrarnos en el abordaje del contexto histórico donde se enmarca nuestro texto. De dicha cita nos gustaría resaltar la diferencia de trasfondo de la cual habla el autor, puesto tal aseveración es casi un consenso entre las personas estudiosas del corpus joánico. Tal vez la cuestión del trasfondo puede ser más o menos elucidada al adentrarnos en el estudio de la historia sobre la que quieren contarnos las narrativas. Las memorias de ansiedades, miedos, estrategias, resistencias, soluciones y preguntas que guardan cada perícopa dentro de sus bloques narrativos particulares.

En la nuestra queda claro que ya Jesús no está, pero quiere aclararse que, aunque su regreso no fue inminente, él se hace puntualmente presente y está cerca. Tal vez este “estar cerca” sea precisamente lo que marca la cristología de Juan. Siendo el último evangelio canónico trae consigo el encargo de responder a la pregunta sobre dónde se haya Jesús y de qué forma. De los rumores de resurrección de Marcos (Mc 16, 1- 20, con énfasis en vv. 6-7) a los relatos de las apariciones de Juan ha tenido que evolucionar el pensamiento de las y los seguidores no como un mero acto de resiliencia, sino tal vez como una acción de resistencia para garantizar la continuidad del movimiento y la prosecución de este en tiempos de persecución y amenazas de otras corrientes de acción y pensamiento.

El propio Moloney ayuda a resumirlo de manera certera:

Probablemente, el evangelio se escribió a finales del siglo I y las Cartas un poco después. Se escribió en un lugar donde se codeaban, de forma frecuentemente dolorosa, el judaísmo, el cristianismo primitivo, las complejas religiones del helenismo y el mundo griego, y un gnosticismo incipiente. La investigación contemporánea, que ha dado la vuelta a las sugerencias de que el evangelio era un testimonio de la helenización del cristianismo (p. ej., C. H. Dodd), la cristianización del gnosticismo (p.ej., R. Bultmann) o la gnostización del cristianismo (p. ej., E. Käsemann), está centrándose cada vez más en los estrechos nexos que existen entre el cuarto evangelio y el judaísmo sincrético y sectario, especialmente tal como se encuentra reflejado en los manuscritos del mar Muerto (cf. Painter, Quest35-52). Algunos sugieren que el autor era un esenio y que el evangelio es un producto de este mundo más «oriental» (cf. Ashton, Understanding the Fourth Gospel 205-237) (Moloney, 2015, pág. 29)

Es en medio de esa correlación de fuerzas que el capítulo 21 del evangelio es insertado para dar la buena nueva de acompañamiento de Jesús. Se ha discutido si este capítulo pertenece totalmente a la redacción joánica porque, aunque el mismo contiene elementos que remiten a ella, también posee pormenores que nunca aparecen en el cuarto evangelio ni están en consonancia con la forma de expresión de este evangelista. Todo ello, sin embargo, sirve para destacar que el capítulo en cuestión puede haber sido redireccionado por alguna persona miembro de la comunidad joánica, no por el propio redactor original - el propio evangelista, según la tradición más extendida- quien puede haber

reconsiderado la tradición de dicha comunidad a la luz de objetivos teológicos propios (Casalegno, 2013, págs. 116-117). La forma en que este se da, según el testimonio de quien escribe, es a través de las apariciones. Tres aquí, en este capítulo. Nos ocuparemos, no obstante, de comentar la primera de ellas.

2.4 El capítulo 21

La perícopa que va de los versos 1 al 14 es parte del capítulo 21 del Evangelio de Juan, el capítulo que cierra el evangelio. Antes de adentrarnos en estos versículos, y de volver al mar de Tiberíades para asistir al desenlace de la aparición de Jesús, pareciera que se hace necesaria una reflexión previa, porque, en general, existe un acuerdo en la crítica moderna corroborando que el capítulo 21 es, sin dudas, una adición al evangelio. Es común, entonces, considerarlo y encontrarlo nombrado el epílogo.

Brown (Brown, 2020, págs. 1570-1571) señala que, desde los manuscritos más antiguos, el evangelio nunca ha circulado sin este capítulo. De esta manera, trae a colación el problema de si dicho capítulo ya formaba parte del plan original del evangelio. El autor cree que no, por algunas razones: primeramente porque el final de 20,30-31 tiene un cierre ejemplar para el evangelio de Juan; y en segundo lugar porque en el capítulo 20, hay una especie de bienaventuranza para quienes no han visto a Jesús, lo cual hace poco probable que el redactor del texto luego de ello quisiera hacer mención a nuevas apariciones; por último, porque los propios acontecimientos relatados en Juan 21 también serían extraños: por ejemplo, después de haber visto a Jesús resucitado en Jerusalén, ¿cuál sería la razón por la que los discípulos volvieron a sus antiguas profesiones en Galilea? Estos y otros interrogantes nos hacen sospechar en la línea de este estudioso, que ciertamente el 21 fue un añadido posterior.

Por otro lado, Doglio (Doglio, 2020, pág. 162) coloca los dos últimos versículos del capítulo 20 como si fuesen una primera conclusión del Evangelio, dado que Juan escribe sobre Jesús en tiempo pasado, reconociendo, además, que narra algunos de los signos realizados por Jesús. Entendemos que Jesús realizó muchos otros signos que no están en el libro (v. 30), pero que también marcaron su historia y su acción entre la humanidad. Antes de este versículo está, por ejemplo, la profesión de fe de Tomás (v. 28), quien reconoce a Dios como el crucificado resurrecto: creyó porque vio, pero Jesús anuncia que son bienaventurados los que creyeron y no vieron (v. 29). Refulge ahí también el objetivo del libro: la revelación sobre quién es Jesús es reforzada por el v. 31, que proclama que las señales recogidas en el Evangelio son para que todas y todos crean, y tengan vida a través de Jesús. ¡Ahí también de cierta forma están, y ya sentimos esas brasas ardientes, esperándonos después del no buen tiempo, dando la bienvenida y dando vida!

El evangelio podría incluso terminar allí, y sería sin dudas un final lindísimo. Sin embargo, después del capítulo 20, llega la lumbre del epílogo que,

por demás, está bien integrado en el contexto joánico, a través de pensamientos y expresiones cercanas a su corpus textual general. Por lo tanto, no cabe duda de que es un texto que sí pertenece a ese conjunto de textos, inclusive comienza con la expresión de conexión (*μετα ταῦτα*) “después de eso” (21,1), estableciendo así una conexión directa con el pasaje anterior.

De forma general, es costumbre acreditar el capítulo a un redactor posterior. Brown (Brown, 2020, págs. 1574-1576) lo ve como “un discípulo joánico que compartía ideas de la misma manera que el evangelista y que deseaba más completar el evangelio que alterar o tener un impacto”. Doglio recuerda que “según el método de ‘relectura’, el último editor sugirió pasajes que interpretan el texto más antiguo, para aclarar la misión de la Iglesia en continuidad con la obra de Cristo” (Doglio, 2020, pág. 162) De esta forma, una propuesta es resaltada: que el redactor deseó hacer adiciones para así no perder más materiales. La aparición de Jesús a partir de una captura milagrosa sería un elemento importante,

Dentro de ese contexto la triple afirmación de Pedro de que amaba a Jesús podría ser entendida como un hecho que la comunidad necesitaba consignar, más allá de las reflexiones sobre el discípulo amado. Sobre esa tensión entre una figura y otra, además de la posible identidad de la persona de tal discípulo no ahondaremos para no desviarnos del propósito y ruta hermeneútica de nuestro estudio. Baste saber y consignar que ese debate existe y es sin duda algo importante a lo cual prestar atención. Baste también en acotar que no todas las historias de Jesús caben en el libro, pero que estas, que- según nos llega por quien redactó - no deberían olvidarse, marcan el tono que necesitamos para seguir recordando y contando las señales del hijo del hombre, el Cristo.

La organización del capítulo 21 se desarrolla a partir del encuentro con Jesús resucitado en el mar de Tiberíades. Es fácilmente perceptible la siguiente división (Tilborg, 2005, pág. 425):

- Jn 21,1-14 – la pesca milagrosa y la comida;
- Jn 21,15-23 – el diálogo con Pedro;
- Jn 21,24-25 – comentario(s) final(es) del (los) autor(es).

Si encima convidamos a volver la mirada sobre cómo terminaba el capítulo 20 y qué antecedia el pasaje sobre la pesca y la comida, ahora queremos ver brevemente lo que viene después. Al observar nos deparamos con un corte: de una escena narrativa, se pasa a un diálogo, o sea, el que sucede entre Jesús y Pedro.

El pasaje entre los versos 15 al 23 relata la memoria de este diálogo, donde se pueden observar varios asuntos y otros temas. Uno de ellos, la supuesta tarea confiada a Pedro (apacentar y pastorear) y otro, como esbozado anteriormente, la relación entre Pedro y a quien amaba Jesús. La triple pregunta de Jesús a Pedro: “¿Me amas?” (vv. 15-17), es colocada desde el comienzo a lo

que Pedro responde rápidamente que sí. La memoria cristiana había conservado la escena y o relato en la que Pedro negaba por tres veces a Jesús. No deja de resultar interesante y hasta lógico que ahora se vuelva triplemente necesario ver a ese Pedro reafirmar que sí lo ama. Para autores como Tilborg (Tilborg, 2005, pág. 432), esto es muestra tal vez de que “(...) el cordero pone a Pedro como pastor del rebaño y sus ovejas. Los lectores quedan prendados de este cambio; les da ánimos y aumenta su paciencia y mansedumbre”. No deja de ser interesante colocar esta mirada a propósito de una relectura desde los lentes del seguimiento y la esperanza, aunque, como declaramos, no es propósito nuestro ahondar en ello.

Queremos, eso sí, de forma general, pasar la vista al final del pasaje. Este tiene una comparación con el discípulo amado. Doglio (Doglio, 2020, págs. 165-166) reflexiona que Pedro está interesado en saber qué será de él, y Jesús le responde con una expresión enigmática (v. 22) que posiblemente era bien conocida en la comunidad joánica. Se cree que, al momento de escribir el epílogo ya el discípulo amado habría muerto, y el evangelio, entonces, hubiese sido usado por quien redactó como otra manera de hacerle permanecer vivo en la comunidad. Las palabras, entonces, se volverían una forma de perpetuar el seguimiento y mantener encendidas las brasas de esperanza en nombre del amor. La Palabra que agrupó estas palabras, fungiría como chispa para mantener vivas y al alcance de un vuelco esas memorias y presencias del amor que nos salva, toda vez que decide quien ya ha ardido con ellas, enrumbarse al encuentro sencillo orilla, después de los vacíos y la noche. Crear palabras juntos, conveniar compromisos, construir memorias, conversar del dolor, de las tensiones y re-pactar encuentros, constituyen la “llama de Amor viva” (Cruz, 2007, pág. 9) que mantiene encendida la esperanza, y una luz que nos guía como todavía comunidad discipular en los caminos de la mística del seguimiento. Lo que está escrito, dicho y revivido revela al Padre, y la comunidad de gentes fieles puede estar segura de que puede seguir silenciosamente los pasos de Jesús, Acción y Verbo (Jn 1,1)

El capítulo 21, finalmente, aporta una conclusión en la que se identifica al discípulo amado como el autor del texto. Según autores como Doglio (Doglio, 2020, pág. 166), el Discípulo Amado es quien pone por escrito las cosas ahora confiadas a las y los lectores, y en el versículo 24 hay un “nosotros”, que confirma que el testimonio del discípulo es cierto.

Después de eso, nos llega una oración, una hermosa oración final que recuerda el final del capítulo 20, en la que se declara la imposibilidad de escribir todo lo que Jesús ha hecho. Las obras de Jesús son vastas, se hacen lugar en la vida cotidiana de las personas, se posicionan firmes, claramente, con los poderes dominantes establecidos, también encienden brasas para apartar el frío que adormece y amortece; para satisfacer el hambre y la carencia de los esencial de las personas.

No fue posible escribir sobre todo lo que hizo Jesús, también porque estas acciones continúan manifestándose hoy. ¡Con cada recepción esas palabras continúan siendo escritas!

3. Juan 21,1-14

Después de navegar por los alrededores de nuestro texto en el capítulo 21, queremos adentrarnos en percibir las chispas y fulgores que la perícopa en cuestión (del 1-14) nos permite vislumbrar.

La narración de la primera aparición es fácil de enmarcar. Comienza, como apunta Xavier León Doufour con una “transición convencional” (Dufuor, 1998, pág. 196) y encierra como afirma este mismo autor, haciendo eco del versículo inicial, aunque a propósito de este verso de clausura (v. 14) también este autor se cuestione si al hacerlo de esta forma quien narra no concluyó, tal vez, antes de tiempo (Dufuor, 1998, pág. 204).

El versículo uno repite dos veces el mismo verbo traducido como ‘se manifestó’, que tiene esa connotación de hacerse aparente. Y esta es tal vez la urgencia de quien escribe: recalcar doblemente que Jesús continúa “a par y siendo” - siendo y estando a la par, junto a quienes siguen el proyecto del Reino; además de demostrar “como había quedado la comunidad después de la resurrección” (Konings, 1989, pág. 110). El versículo dos comienza con una frase que, si traducida literalmente, diría que “estaban siendo juntos” ($\eta\sigma\alpha\tau\omega\eta\mu\omega\upsilon$) los siete discípulos que conforman este pasaje.

Sobre la mención de los discípulos, entenderlo implica reconocer que “nos movemos en el terreno del símbolo” (Calle, 1985, pág. 159). No son pocos los comentarios que aluden a que la pesca milagrosa de este pasaje en particular sirve para dar sentido a la posterior confesión de Pedro. Esto convierte a la narración subsiguiente (21,5-19) en una especie de lente hermeneútico para leer esta primera aparición. Conscientes de ello, sin embargo, escogemos leerla enfocando en la explosión de sentidos y significados que contiene el mensaje de la perícopa en sí, sin intentar supeditarla totalmente a la función de acomodo textual para esta posterior narrativa y su teología.

Los versículos 1 y 2 introducen la narración enmarcando la escena entre el acontecimiento (esto es, la aparición de Jesús) y los personajes y actores, o sea, “...Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos” (v. 2). En el verso 3 (específicamente 3b) ya emerge el conflicto al expresar que “Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada” (v. 3b).

El versículo 3 en general nos muestra varias cosas interesantes: primero que todo, el registro de que el movimiento sigue vivo en manos de la gente humilde que fue testigo de esa nueva visión que Jesús animó. No es casualidad que en la primera parte del verso sea Simón Pedro quien convoca a ir mar adentro, y

tampoco es desestimable que la convocatoria sea a través del ejemplo y no del mandato. No hay un imperativo plural, sino un presente activo singular: “estoy yendo...” (*ὑπάγω*) el verbo también podría traducirse como “estoy andando...” y ¡ciertamente es eso lo que se esperaba y debía estar haciendo quienes seguían!

En la respuesta de los otros seis, que podría leerse más literalmente como: “Estamos yendo/ andando también nosotros al lado tuyo” (v. 3a), casi puede sentirse la solemnidad discreta de un voto comprometido con seguir cotidianamente respondiendo al llamado de la mejor manera que existe: decidiendo poner pie en tierra (en este caso en el fondo de la barca) y adentrarse juntos en ese espacio móvil y fluctuante que hasta parece un performance de todo el seguimiento en sí, guiados por un propósito conjunto. El final del versículo hace claro el conflicto que la narrativa intentará resolver: “Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada” (v. 3b).

Salta a la vista que el conflicto que se nos quiere narrar no está siendo usado para hablar de la actividad pesquera en Galilea a finales del siglo I. Aquí vemos, entonces, un segundo y tercer elemento interesante y significativo: el hecho de que quienes fueron llamados por Jesús, supuestamente, continúan insertos en las mismas labores y entorno vital desde el cual fueron convocados, según los relatos; y el hecho de que usar esta figura de la pesca teniendo en cuenta precisamente este trasfondo intertextual, coloque en las miras un debate sobre la vocación (el llamado), el seguimiento (la pesca) y la esperanza en el contexto pos pascual del evangelio y de la vida de las comunidades de seguidoras y seguidores.

Autores varios han intentado determinar si el milagro de la pesca era en principio un relato pascual o no. Autores como Raymond E. Brown, Yves Simoens, Jhon Paul Meier y otros apoyan que sí y, en palabras de Casalegno el hecho de que en la perícopa de la vocación de los primeros discípulos (Mc 1, 16-20 y Mt 4, 18-22) no se haga mención al evento de la pesca rememorado en el texto lucano fortalece esta convicción. (Casalegno, 2013, págs. 128-129) Por otro lado, algunos como Schackenburg concluyen que el milagro de la pesca, efectivamente, no era en principio una historia pascual y que, el hecho de que el redactor lo haya insertado en el contexto de las apariciones debe interpretarse como un planteo eclesiológico (Schackenburg, 1980, págs. 426-427).

Otros autores como Frei Betto afirman que en la iglesia primitiva había cierta competencia entre las comunidades, tal como aún sucede hoy en día (Betto, 2025, pág. 144). Trenzando este dato con los ejes interpretativos escogidos podemos preguntarnos sobre los poderes que intentan apagar las lógicas de la esperanza que resiste y persiste en salir a pescar aun en medio de lo oscuro, y en cuán peligrosas puede volverse para esos poderes las simples redes que insisten en lanzarse desde ese lugar de lo improbable por la fe en el milagro de ser saciados justa y conjuntamente.

En los versículos 4, 5 y 6 comienza a resolverse el problema narrativo. De la noche y el mar se nos hace llegar a la aurora y la orilla. La perícopa nos tira de lo inseguro a lo seguro, de no ver a ganar en claridad y, en medio de ello, a preguntarnos por lo que es esencial: si realmente tenemos qué compartir para sustentar la vida. Como en el relato de Emaús los discípulos no sabían que era Jesús (Mc 16,12-13; Lc 24,13- 35). Allí lo supieron porque les ardía el corazón mientras hablaba, aquí no lo reconocieron inmediatamente en las brasas encendidas.

En ambos relatos, el reconocimiento viene a través del acto de compartir el alimento. Este se vuelve mensaje de algo más, de compromiso y fe. Tal carga de sentido era un lugar común en el imaginario judío. Interesante como lo coloca Marie Vidal: “Efectivamente, las enseñanzas sobre la coordinación de la boca - la Torá que está en la boca (Torá oral) y los hechos concretos de la vida, permiten que Jesús ponga en práctica lo que dice” (Vidal, 2000, pág. 195) La pregunta del verso 5, sobre todo, deviene de esta retórica.

El versículo 6 ya muestra la esperada sugerencia de redireccionar las redes y su consecuente resultado. El conflicto, por tanto, llega a un culmen ahí. Y el verso 7 implosiona otro asunto: el del discípulo amado. El acto de lanzarse para llegar antes, mientras los otros llegan en la barca es significativo y da muestras de esa posible tensión de liderazgo o competencia por la preferencia que ya mencionamos de otra forma. El asunto no deja de ser eclesiológico y, a la luz de esta relectura nuestra, también resta la necesidad de una lectura crítica desde los poderes al texto y a nuestra realidad. Literalmente se nombra al discípulo “a quien estaba amando Jesús” y el vocablo utilizado es ἀγαπάω, que remite al sentido de amor social, moral.

El versículo 9 nos devuelve como en el movimiento de una ola marina, a la imagen de Jesús en la playa, con las brasas dispuestas: con solo un pez y una porción de pan. Tilborg (Tilborg, 2005, pág. 428) retrata la sorpresa de que así, de la nada- ¡y después de la nada! - exista un fuego con pescado y pan encima. Se está preparando una comida necesaria, con Jesús demostrando que es capaz de proveerse para sí mismo y para los demás. El hambre es una señal de que hay vida defendiéndose de la muerte. Por tanto, esa siguiente petición para que los discípulos traigan los peces, no es una necesidad, sino la oportunidad de apostar por la vida con el resucitado. Él invita y demuestra, en ese breve momento ahí en la playa, que sigue sentipensando, accionando, así como convocándonos y aguardándonos cada día a quienes somos llamadas y llamados a accionar nuestras redes para el Reino. “Traed algunos de los peces que acabáis de pescar” (v. 10) es una invitación que marca la espiritualidad misionera de la esperanza al seguimiento ¡y también viceversa!

Simón Pedro muestra una red capaz de sostener 153 peces sin romperse. La gran diversidad del mundo debe caber y ser recibida, esencialmente, en la iglesia que logremos ser delante de Jesús y porque él vive. Este texto resulta

importantísimo para deconstruir la idea de un evangelio exclusivo o entre iguales versus uno inclusivo que acoge porque se dona. Los versículos 12 y 13 dan muestras de esto.

El uso diversificado de la palabra *pez* para referirse a peces grandes y a un pececillo tal como aparecen en los versos 8 y 9 comienzan a mostrar esa lógica de lo pequeño y lo suficiente que atraviesa íntegramente la comprensión de Jesús y su ministerio invirtiendo la lógica de dar y recibir, así como el propio texto invierte el orden del pan y del *pez* sobre las brasas. Jesús les da “el pescadito”, en el verso 9. ¿Dónde quedan los otros peces? ¿Para qué son usados?

La noche terminó y al margen de lo estable y lo inestable, nos espera lo justo y necesario para sostener la vida ardiendo. Porque no basta tener las brasas encendidas si no es para poner encima la ofrenda necesaria del sustento, pero de igual manera no hace falta tal vez demasiado, “nos basta recibir la vida como dádiva [...] creer que el agua será amiga, y dejarnos ir.” (Alves, 1982, pp. 56-57). Cuando Jesús invita a los discípulos a comer, es que el texto deja claro, en el versículo 12, que los discípulos sabían que era Jesús. En la fracción del pan hay reconocimiento. ¿Memoria de la multiplicación de los panes? ¿Memoria de aquella otra eucaristía? ¿Ecos desde el camino de Emaús? ¡Tal vez consista un poco en todo ello! Así sentimos y seguimos el hilo de esta red, con las puntadas de los diversos apuntes del tejido que forma en general el evangelio.

Las palabras del versículo 14 no dejan dudas, como ya esbozamos, de que estamos delante de un verso conclusivo: “Esta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos” (v. 14)

En términos generales, la narración no posee grandes zonas oscuras que empañen nuestros lentes interpretativos, sobre todo cuando de releer en clave de compromiso- seguimiento y esperanza se trata. Cuestiones como la de vestirse y tirarse al mar, cuando en realidad nuestra mente pareciera indicar que, en todo caso, lo normal es lo contrario, no distorsionan, sin embargo, la visión general del pasaje.

De lo inestable a suelo firme, de la oscuridad a la luz, de lo ido a lo otra vez palpable se va moviendo la narración de esta esperanza que no debían las comunidades del séc. I ni deben hoy las nuestras dejar apagar. Desde el intento, las salidas no claras, las apuestas por sí movernos juntos se regresa al lugar del encuentro que salva, y es posible avistar las brasas de aquel fuego de fe que nutre y nos pregunta por lo que ofreceremos.

Conclusiones

a. **Señales luminosas que se siguen realizando.** Si la investigación bíblica indica que el final del capítulo 20 sería una “primera conclusión” del Evangelio de Juan, queremos seguir esta línea y sacar dos conclusiones.

Después de mirar el pasaje en clave de seguimiento y esperanza, nos gustaría, sin embargo, trayendo a colación algunos otros mensajes importantes que, amén de la particularidad de nuestra perícopa y toda narrativa propia del libro, amalgaman de cierta forma y atraviesan el sentido total del evangelio.

El Evangelio de Juan fue escrito para dar un testimonio confiable a las personas que comenzaban a seguir a Jesús. (Dunn, 2024, pág. 442) señala que “el primer objetivo de Juan era evangelístico y cristológico: persuadir a los que escuchaban su evangelio para que creyeran en Jesucristo, el hijo de Dios”. El autor refuerza que Juan es el único autor del Nuevo Testamento que usa el término “Mesías”, por lo que es posible que en el momento de escribir todavía fuera necesario defender el tema del mesianismo de Jesús. Esto aparece y se consolida a lo largo del evangelio, y cuando Tomás hace su profesión de fe se vuelve claro y accesible. Pero no es suficiente creer. Necesitamos estar seguros de que, cuando estemos en un momento de necesidad, Jesús estará esperando, con las brasas encendidas, sosteniéndonos, pero invitándonos a construir el Reino de Dios.

Para Doglio (Doglio, 2020, págs. 170-171), Jesús se presenta principalmente como el “revelador del Padre”. A partir de esto, Juan trabaja desde la idea del Logos: Jesús es la “Palabra” de Dios dirigida a la humanidad, es quien pone al ser humano en contacto con Dios. El conocimiento, para Juan, es una relación íntima de amor, que solo se reconoce plenamente a través de la gloria de la cruz. Dunn (Dunn, 2024, pág. 455) aclara que el término Logos tendría significado tanto para judíos como para griegos: para los primeros, recuerda pasajes de las Escrituras; para el segundo grupo, recuerda el término utilizado por los estoicos para designar la razón divina que creían inmanente al mundo.

Se pueden discutir otros temas del Evangelio de Juan. Maggioni (1992) percibe que la Iglesia está incluida en Cristo, aunque no es unánime entre los estudiosos, en Juan hay un sentido vivo de la Iglesia. Para el autor, “la Iglesia es Cristo muerto y resucitado que continúa en acción” (Maggioni, 1992, pág. 269). Es a través de la Iglesia que los signos de Cristo continúan cumpliéndose. Allí, junto con los que creyeron, Jesús está presente.

Finalmente, Jesús señala la salvación. Maggioni (Maggioni, 1992, pág. 270) nos recuerda que la salvación indicada es la vida, una vida divina, porque es comunión con Dios. Las personas se ven obligadas a elegir entre la vida y la muerte, en la realidad actual del mundo. Se busca vivir el presente, el tiempo de la Iglesia, antes de la consumación futura de la vida eterna.

b. Destellos de otras brasas encendidas. Sería posible poner el punto al final del párrafo anterior. Pero, como el editor que miró el Evangelio de Juan y quiso recordar otras historias de Jesús, también queremos dejar que los sentimientos entren en nuestros corazones por ese momento en el que los discípulos ven a Jesús en la playa.

Una primera sensación es que la escena en la que Jesús resucitado espera a sus discípulos, que vienen de pescar, con una comida es curiosa, diferente. Y esta curiosidad nos hace pensar que la comida sobre brasas nos recuerda a un desayuno esperando a los discípulos, pero también a una “barbacoa”. Para muchas culturas latinoamericanas, este momento es un símbolo de convivencia y fraternidad. Esperar al grupo (o preparar una comida con él) trae un momento de unidad, celebración, hospitalidad.

Entonces, un segundo sentimiento es que, si en los textos bíblicos la comida es importante, en el tiempo presente también actúa como un espacio de fraternidad. El cansancio de una noche de fatiga y fracaso es conocido por todas las personas que sueñan con un mundo diferente en estos tiempos difíciles. Luchar para transformar el mundo en un lugar más justo y humano es una tarea ardua, que a menudo termina en desaliento, ya que las escenas de muerte y dolor se suceden ante nuestros ojos. La incertidumbre se apodera de nosotros, crece el deseo de renunciar a la construcción de un proyecto colectivo, porque muchas veces solo vemos contratiempos. ¡Es en este momento cuando es necesario el espacio de fraternidad y comunión! Jesús nos espera con las brasas encendidas, alimentando nuestra creencia y nuestra utopía. El momento no es pasivo: también nos pide que traigamos nuestro pescado, que participemos en la preparación de la comida. Creer en Jesús es una invitación a la misión.

En este momento hemos ampliado la comprensión de que el movimiento de Jesús (que sigue existiendo en virtud del hecho de que un primer pequeño grupo creyó y siguió el camino), tiene un carácter inclusivo y familiar. La mística del pasaje proviene de un Jesús que corre donde todo parece terminar y romperse, en la línea de las olas del mar. La buena noticia de Jesús es esta: la resurrección celebra la posibilidad de estar completo. En la comida hay cariño, está el olor de la comida que da expectación, está el delicioso sabor que satisface, está la comunidad que comparte y sueña que es posible seguir creyendo en nuevas posibilidades.

Y está el sentimiento de amor, que abrió este texto. La reflexión sobre el pasaje de Jn 21,1-14 nos llevó al momento de ese encuentro de Jesús resucitado y los discípulos. Si tenemos posibilidades de fraternidad, de encuentro, de esperanza, incluso en medio de conflictos y signos de muerte, necesitamos creer en los signos de vida de Jesús que el evangelista Juan dejó escritos. ¡Su conocimiento pasa por una relación íntima de amor! Amor que necesita trascender, impregnar el corazón de quienes promueven la paz para mantener su esperanza, pero también invadir el de quienes promueven la destrucción, para que se pueda construir una fraternidad universal.

Aquí terminamos, aunque tantas otras cosas podrían decirse, recordarse, reflexionarse, pero no todo tiene que estar aquí. Que estas reflexiones nos muevan a seguir manteniendo encendidas esas brasas, fuego que genera vida, acogiéndo e invitando a las personas a continuar la construcción del Reino de Dios.

¿Cómo seguir? ¿Dónde y cómo encontrar las esperanzas? Tal vez baste...

Revestirse,
tirarse al mar,
dejar que los pies fién
en que pueden
dar pasos en el agua.
Buscar al margen Su presencia,
Su alimento.

Nos mueve el hambre
que trae en sí
el oscuro vacío de la muerte:
esa noche sin peces y al desnudo.

Nos impulsan las brasas encendidas:
lechos de pan
con aroma a pez fresco.

Nos convida
con Vida
quien no muere...

Referencias bibliográficas

- Alves, R. (1982). *Creio na resurreicao do corpo*. Rio de Janeiro: CEDI.
- Betto, F. (2025). *Jesus Amoroso. Dimensao poetica do Evangelho de Joao*. Sao Paulo: Vozes.
- Brown, R. E. (2020). *Comentário ao Evangelho Segundo João – volume 2 (13 ao 21)*. Sao Paulo: Paulus.
- Calle, F. d. (1985). *A teologia do quarto evangelho*. Sao Paulo: Paulinas.
- Casalegno, A. (2013). “É o Senhor”! (Jo 21, 7) *Estudo dos relatos da resurreicao no Evangelho de Joao*. Sao Paulo: Loyola.
- Doglio, C. (2020). *Literatura Joanina*. Petrópolis: Vozes.
- Dunn, J. D. (2024). *Nem judeu, nem grego. Uma identidade questionada. O cristianismo em seus começos – livro 3*. Sao Paulo: Paulus.
- Konings, J. (1989). *Jesus comunica o Pai. O evangelho de Joao explicado ao povo*. Sao Paulo: Paulinas.
- León-Dufuor, X. L. (1998). *Leitura do Evangelho segundo Joao* . Sao Paulo: Loyola.
- Moloney, F. J. (2015). *El Evangelio de Juan*. Navarra: Verbo Divino.
- Maggioni, Bruno. O Evangelho de João. In: Rinaldo Fabris, B. M. (1992). *Os evangelhos II*. Sao Paulo: Edições Loyola. p. 249-498.
- S.J., Á. B. (1983). *Os pobres e Reino: Do evangelho a Joao Paulo II*. Sao Paulo: Loyola.

- Schackenburg, R. (1980). *El evangelio según San Juan. Versión, comentario e índices*. Barcelona: Herder.
- Tilborg, S. v. (2005). *Comentario al Evangelio de Juan*. Navarra: Verbo Divino.
- Vidal, M. (2000). *Um judeu chamado Jesus. Uma leitura do evangelho á luz da Torá*. Petrópolis: Vozes.

Daylíns Rufin Pardo
Tiago Pavinato Klein